

Influjo de San Josemaría en la educación

por Alfonso Aguiló

VALIOSAS APORTACIONES

El Fundador del Opus Dei ha realizado valiosas aportaciones a la educación. Y las ha realizado sin haberse propuesto escribir ningún tratado sobre el tema, sin hacer ninguna escuela pedagógica. Josemaría Escrivá insistió siempre en que el Opus Dei no tiene opinión o escuela corporativa particular en materias teológicas o filosóficas. Y por tanto tampoco tiene una escuela pedagógica propia. O sea, no hay un estilo pedagógico propio del Opus Dei.

Se manifiesta de modos diversos según los países, las épocas, los tipos de personas. Es bastante distinto cómo se manifiesta ese

influjo en una escuela rural en Argentina o en Filipinas, o en un colegio aquí en Madrid o en Chicago, ahora o hace veinte años o dentro de cuarenta o cuatrocientos. El espíritu es y será el mismo, pero dependiendo de las épocas y de las personas se manifestará de forma distinta.

GRAN DIVERSIDAD

Y una de las razones por las que se manifiesta de forma distinta es porque son distintas las personas a través de las cuales se ejerce ese influjo. Una persona, por ser de la Obra, o por querer vivir el espíritu

de la Obra, no pasa a ser más inteligente, ni deja de poder equivocarse, ni deja de tener errores personales. Pero sí tiene encendida dentro del alma una luz, la luz de una vocación divina, que da a su vida un sentido de misión, una gracia especial de Dios, una aspiración a la santidad. Y algo parecido podría decirse con una institución educativa, con una obra corporativa del Opus Dei. Tendrá aciertos y errores, puntos fuertes y puntos débiles, pero siempre con ese sentido de misión, con esa luz divina que aporta una conciencia de estar llamados a una misión.

UN SELLO CARACTERÍSTICO

En las actividades educativas animadas por este espíritu puede apreciarse un sello, unos rasgos característicos. Si un observador medianamente perspicaz visitara con detenimiento este colegio, advertiría enseguida unos rasgos de un ambiente y fisonomía característicos, que por cierto no siempre son fáciles de definir. El hecho de que no sean fáciles de definir puede entenderse como positivo, puesto que la mayoría de las realidades en la vida no son sencillas de explicar, se resisten a reducirse a recetas o definiciones simples.

UNIDAD DE VIDA

Empecemos a hablar de esos rasgos característicos. Uno primero que yo quisiera que fuera la espina dorsal o la columna vertebral de esta sesión, es la *unidad de vida*. Es una expresión acuñada por San Josemaría. Podría decirse que así como la sinceridad es adecuación entre lo que se piensa o se siente y lo que se dice, la unidad de vida va mucho más allá:

sería, por decirlo de una manera sencilla, la adecuación entre lo que se piensa, se dice, se hace... y se debe hacer. Es como la coherencia y la autenticidad integral en la orientación de la vida.

Y digo que quería que la unidad de vida fuera el hilo conductor de esta sesión porque es lo que a mi juicio mejor define la influencia del espíritu del Opus Dei, la influencia de Josemaría Escrivá, en una institución como ésta. Porque todo lo que se hace ha de estar impregnado de esa unidad de vida, que hace manifestarse el espíritu en la vida de cada momento. Es lo que aún y da juego a todo, la clave del arco.

UNA ESCALA DE VALORES NOVEDOSA

San Josemaría también aportó una idea que todos probablemente habréis oído muchas veces. Es una escala de valores muy novedosa. Dijo muchas veces que en la enseñanza lo primero debían ser los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos. Y solía añadir, dirigiéndose a los padres: “Vuestros hijos –no os ofendáis– están en tercer lugar. De esta manera marcharán bien”.

ESPÍRITU DE LIBERTAD

El espíritu de libertad también ha de ser siempre otro rasgo muy característico en una actividad educativa alentada por el espíritu del Opus Dei. Se trata de que la gente se forme en libertad. Esto es una cosa enormemente difícil, porque educar en libertad, no es simplemente dar libertad, que eso lo hace cualquiera, sino enseñar en libertad a utilizar bien la libertad.



Recuerdo una anécdota, de hace un tiempo, que sucedió en un tren. Dos chicos de trece años, que volvían de Madrid, junto con otros alumnos, y tuvieron que distribuirse entre dos vagones, porque no había otros billetes. Esos dos chicos iban en uno de los vagones sin ningún profesor con ellos, porque iba en el otro con los demás alumnos. Estaban viendo la película que se proyectaba en el tren. Y a medida que pasaba el tiempo la película se fue poniendo peor –en su contenido moral, me refiero–, y entonces aquellos dos chavales, que iban solos, se miraron un momento, se quitaron los auriculares, dejaron de ver la película y se pusieron a charlar animadamente. Todo esto no pasó inadvertido para un pasajero que había cerca de ellos, que lo vio todo. Era un hombre observador, un hombre que reflexionaba sobre las cosas que veía. Y pensó que es una cosa muy sorprendente que dos chavales de trece años sin ningún profesor delante actúen así. Pensó que esos chavales tenían una formación muy especial. Y los

estuvo observando todo el resto del viaje. Eran chicos despiertos, activos, alegres, nada apocados. Al llegar a su ciudad los abordó, y les preguntó que dónde estudiaban, en qué colegio. Y supo entonces que estudiaban en un colegio que, como éste, estaba alentado por el espíritu del Opus Dei. Y esa persona fue al día siguiente a matricular a sus hijos en ese colegio, y gracias a eso sabemos esta anécdota. A aquel hombre le cautivó ver cómo dos chicos estaban educados en la libertad. Y eso es un logro enormemente difícil, pero muy importante, y muy propio del espíritu que anima este Colegio.

IDENTIDAD CRISTIANA

La unidad de vida exige que esa inspiración cristiana se manifieste en todas las enseñanzas, y no solamente en las enseñanzas académicas sino en todos los valores que inspiran al Colegio, en toda la vida del Colegio, en todas las personas que trabajan

en el Colegio. Esto es importantísimo. Todo el quehacer del Colegio ha de proyectar una imagen y una concepción cristiana de la significación del hombre y de toda realidad.

Por eso, entre otras cosas, el Fundador del Opus Dei, al hablar de estos colegios, o de otras labores corporativas de enseñanza semejantes, decía que no llamaba “católicas” a estas instituciones, “porque ya ve todo el mundo que lo son”. La identidad cristiana tiene que ser algo profundo, constitutivo. No un aspecto más, no algo superficial, no cosmético, no parcial, no sectorial, no de nombre, no de imagen.



VIRTUDES HUMANAS

San Josemaría subrayó también siempre su aprecio por las virtudes humanas: veracidad, sinceridad, naturalidad, confianza, lealtad, optimismo, generosidad, magnanimidad, etc. Y quizá una por la que tenía especial aprecio era la sinceridad, y a esa virtud se refería el lema de la que fue la primera obra corporativa del Opus Dei en la enseñanza media.

Hemos de lograr un ambiente en el que haya una confianza plena en la veracidad. Josemaría Escrivá decía: “Creo en lo que cada uno de vosotros me diga, aunque cien notarios unánimes afirmen lo contrario”. Fiarse de los alumnos, de los hijos. Y que ellos se puedan fiar de nosotros. Hacerles leales, sinceros que no tengan miedo a decir las cosas. Cuando la gente no es sincera, indudablemente tendrán culpa ellos, pero es fácil que la culpa sea también nuestra, de los padres y los profesores.

Porque la sinceridad se educa, se facilita. Leo otro texto, de 1972, aquí en Madrid: “Hacedlos leales, sinceros, que no tengan miedo a deciros las cosas. Para eso, sé tú leal con ellos, trátalos como si fueran personas mayores, acomodándote a sus necesidades y a sus circunstancias de edad y de carácter. Sé amigo suyo, sé bueno y noble con ellos, sé sincero y sencillo.”

TRATO DE AMISTAD

El trato de amistad –con los alumnos, con los padres, entre los profesores, etc.– es una característica también muy propia del espíritu del Opus Dei aplicado a la enseñanza. El espíritu cristiano debe traslucirse en una relación humana personal, individual, en

evitar que alguien se pueda sentir sofocado en una masa. Así lo explicaba San Josemaría en Pamplona en 1964: “Formad a los alumnos de tal modo que jamás se encuentren solos, que no tengan que experimentar jamás la amargura de la soledad”. Que nadie se encuentre solo. Que haya un trato de gran consideración hacia las personas.



Ha de haber amistad, con los alumnos, con los hijos. “No es camino acertado, para la educación –continúo citando a San Josemaría–, la imposición autoritaria y violenta. El ideal de los padres se concreta más bien en llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una ayuda eficaz y amable”.

AMOR AL TRABAJO

El amor al trabajo es otro aspecto muy importante. El espíritu del Opus Dei da a la santificación del trabajo una importancia fundamental. Al trabajo hay que darle una importancia grande, para educar en la necesaria exigencia, para enseñar a vencer la tendencia a la pereza, la tendencia a quedarse en lo fácil, la tendencia a evadirse del cumplimiento de las obligaciones personales (aunque fuera so capa de obligaciones nobles).

San Josemaría siempre resaltó que

hemos de ver “en el trabajo –en la noble fatiga creadora de los hombres– no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad”.

SERVICIO A LOS DEMÁS

Otro aspecto decisivo es la mentalidad de servicio: afán de servicio a la sociedad, de ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana. Sabemos que vivir con espíritu de servicio lleva a la auténtica felicidad, la verdadera alegría. Y si les enseñamos desde pequeños a descubrir las posibles necesidades de los demás, hacemos un servicio muy importante a esas personas. Es más eficaz que dar normas o criterios de conducta. Avanzamos más cuando hacemos reflexionar sobre el daño que supone hacia los demás no hacer bien las cosas.

Hemos de enseñar a los alumnos, desde muy pequeños, a descubrir las posibles necesidades de sus compañeros para intentar remediarlas, para acceder a los gustos de los otros, para adelantarse a servir, para darse a los demás, para vencer el egoísmo.

LA VORÁGINE DEL DÍA A DÍA

Tengo la impresión de que entre los que nos dedicamos –o nos hemos dedicado– a la enseñanza media, cuando oímos hablar de estos temas, de cómo habría que hacer las cosas, enseguida nos viene a la cabeza que todo eso está muy bien, que todos hemos escuchado muchas charlas y sesiones de diverso tipo, pero que ya me gustaría ver al que dice todo eso en mi aula, en el día a día, con un montón de horas de clases a la semana. Y los padres, cuando oyen esto, piensan quizá algo parecido: que cada uno tiene miles de ocupaciones cada día, que le absorben mucho, y que todo lo que estamos diciendo es muy bonito pero a ver quién es capaz de llevarlo a la práctica.

Ya que estamos tratando sobre algunos rasgos propios de la influencia del Fundador del Opus Dei en la enseñanza, podríamos añadir ahora que San Josemaría siempre procuró no quedarse en la teoría. Recibió de Dios una luz muy especial el 2 de octubre de 1928. Una luz sobre lo que es el Opus Dei y la llamada universal a la santidad. Y quizá entonces podía haberse dedicado a predicar, escribir libros, dar conferencias, asistir a congresos teológicos sobre la llamada universal a la santidad, y pensar que ya surgirían otras personas que se esforzaran por difundir esas ideas. Pero no se quedó en el mundo de las ideas. Escribió y predicó muchísimo, pero, al mismo tiempo, antes y después, llevó a la práctica todo lo que predicaba. Se esforzó

por seguir el mandato de Dios, que incluía dedicar todas sus fuerzas a promover una institución que anunciara y testimoniara esa llamada universal a la santidad ante la conciencia de todos los hombres.

LA FORJA DE LA DIFICULTAD

Otra idea importante es el valor del esfuerzo y de las dificultades. Para ello, me serviré de un ejemplo. Un paisano, en el campo, vio asomar el capullo de una mariposa. El hombre se sentó y observó durante bastante tiempo cómo la mariposa se esforzaba para que su cuerpo saliera a través de un pequeño agujero. Le pareció entonces que ella sola no podía avanzar más. Y decidió ayudar a la mariposa. Tomó unas tijeras y cortó el resto del capullo. La mariposa entonces, salió fácilmente. Pero su cuerpo estaba atrofiado, era pequeño y tenía las alas aplastadas y pegadas al tronco. El hombre continuó observándola, esperando que las alas se abrieran, y se agitarían, y serían capaces de soportar el cuerpo, que a su vez iría tomando forma. Pero la realidad fue que la mariposa pasó el resto de su vida arrastrándose con un cuerpo deforme y unas alas atrofiadas. Nunca fue capaz de volar. Lo que aquel hombre no comprendió en aquel momento, a pesar de su deseo de ayudar, era que ese capullo apretado que observaba aquel día, y el esfuerzo necesario para que la mariposa pasara a través de esa pequeña abertura, era el modo por el cual la naturaleza hacía que el flujo interior desde el cuerpo de la mariposa llegara a las alas, de manera que fuera capaz de volar una vez que estuviera libre del capullo. En su afán de ayudar, de evitar un esfuerzo, o un sufrimiento, lo que consiguió es que saliera del capullo antes de estar totalmente formada, y la dejó lisiada para toda su vida.

En nuestra vida pasa a veces un poco lo mismo. Nuestra existencia está llena de dificultades, y el esfuerzo es justamente lo que más necesitamos en algunos momentos de la vida. Si pasamos a través de nuestra vida sin obstáculos, eso probablemente nos dejaría lisiados. No seríamos tan fuertes como podríamos haber sido, y nunca podríamos volar.

Y ya que estamos hablando de la educación, podríamos decir que sucede algo parecido. Un niño mimado, un niño al que se le da todo hecho, que tiene todo fácil en la vida, que todo le viene dado, será un completo inútil toda su vida

LA FALTA DE TIEMPO

Para poder llevar a cabo todo lo que estamos diciendo, hay que procurar no caer en algunos errores, muy habituales.

El primero, por ejemplo, es pensar: “Otra vez se nos habla de tal o cual cosa que se podría hacer... Es muy bonito..., pero la realidad es que no hay tiempo para nada”. Y está claro que a nadie le sobra tiempo. Y es verdad que la vida supone un desgaste grande, y el tiempo es muy corto, pero me parece importante que ninguno de nosotros se quede satisfecho con ese argumento.

Y no estoy hablando de *trabajar más* (quizá también tengamos que hacerlo, eso cada uno sabrá), hablo sobre todo de *trabajar mejor*. Y hablo de *trabajar mejor* en el sentido de que si aprendemos a trabajar mejor podemos conseguir mejores resultados cansándonos menos. Por poner una comparación, es parecido a lo que ha pasado siempre con los avances tecnológicos. El avance tecnológico sirve para conseguir con menor esfuerzo unos mejores resultados. Y en la educación, aunque no sea algo tecnológico, también hay que ayudarse con



pequeños avances que nos hagan trabajar más y trabajar mejor. Y al trabajar mejor quizá nos sorprendamos con que podemos hacer más, disfrutar más y cansarnos menos.

ORDEN

El cansancio peor no es el del mucho trabajo, sino el del trabajo hecho con rutina, con desorden, con poca ilusión, sin tener presente la grandeza que encierra. E insisto en que me refiero en sentido amplio al trabajo, es decir, que hablo del empeño en educar tanto de los padres como de los profesores, al organizar el propio tiempo, al modo de hacer rendir los talentos que hemos recibido.

Recuerdo a una persona, hace muchos años, que insistía siempre que lo que más cansa no es trabajar, porque estamos trabajando todo el día y todos los días; lo que de verdad cansa –decía– es el desorden.



PONER ILUSIÓN EN ESA TAREA

Es muy importante poner ilusión. Me viene a la memoria la conocida anécdota de los tres canteros. A uno le preguntan qué está haciendo, y responde: “Pues estoy picando piedra, ¿es que no lo ves?”. Al siguiente le hacen la misma pregunta y contesta: “Estoy haciendo una escalera”. Y al preguntar al tercer cantero, explica con satisfacción. “Estoy construyendo una catedral”. Los tres estaban haciendo exactamente el mismo

trabajo. Pero la ilusión era distinta, muy distinta. La ilusión depende del nivel de expectativas con el que uno trabaja.

Decía *poner* ilusión, y digo *poner* porque pienso que la ilusión no *se encuentra*, sino que *se pone*. La ilusión no está en las cosas, ni en las tareas, la ilusión se pone en las cosas y en las tareas. Y pienso que hasta las tareas más arduas, si se pone ilusión en ellas, acaban produciendo muchos *dividendos* de ilusión.

Vamos a intentar sacar adelante a todos, a los que nos parecen fáciles y a los que nos parecen difíciles. Vamos a generar expectativas de mejora en todos. Con conciencia de la grandeza de la tarea que tenemos entre manos, porque el rumbo de la vida de muchas personas depende de que tomemos nuestra labor educativa con ilusión, y esto creo que no es una forma de hablar, sino algo muy objetivo, a mí por lo menos me parece evidente. De

que una persona tenga una buena formación depende el rumbo de su vida, el rumbo de la familia que va a formar, el rumbo que tomen las responsabilidades profesionales y sociales que tendrá a lo largo de su vida, que puede que lleguen a ser muy importantes. Y todo eso no es poca cosa. Ni para unos padres ni para un profesor.

Y en el caso del profesor, lo que importa de verdad, entiendo yo, más que la consideración social es la conciencia de

que uno está en una tarea importante, en algo grande. ¿Y no es algo grande educar a los hombres del mañana? ¿Qué hay más importante que eso? ¿No palpamos cada día la trascendencia que tiene? Quizá no hay nada como dejar esta profesión para darse cuenta de eso; cuando uno deja la enseñanza se da cuenta de que hay muchas cosas que hasta entonces le parecían ordinarias, y son enormemente extraordinarias, y son una maravilla. Trabajamos con un patrimonio humano muy importante, de gente que nos escucha con interés, que pone esfuerzo en vivir lo que les enseñamos, y que en la preceptuación o la tutoría nos abren su corazón. Todo esto es una cosa bastante extraordinaria, un estilo que se ha ido creando, un espíritu que anima a una institución, del que somos depositarios, un activo, un patrimonio enorme que hay que hacer rendir. Unas cuantas conversaciones bien llevadas pueden cambiar la vida de un chico. Un buen ejemplo, el testimonio de una persona, cambia la vida de un alumno.

SENTIDO POSITIVO

El Fundador del Opus Dei decía que teníamos que poner “el signo más”, un sentido positivo a todo lo que hacemos. Y al educar, lo que hacemos es tratar con personas. Y para dar sentido positivo a esa tarea hay que empezar por ver a la gente con buenos ojos. Valorarlos. Creer en ellos.

Creer en los demás tiene efectos sorprendentemente positivos. Todos hemos pasado alguna vez por pequeñas crisis, por momentos en los que nos faltaba un poco de fe en nosotros mismos, y quizá entonces encontramos a alguien que creyó en nosotros, que apostó por nosotros, y eso nos hizo crecer y superar aquella

situación. Goethe escribió: “Trata a un hombre tal como es, y seguirá siendo lo que es; trátalo como puede y debe ser, y se convertirá en lo que puede y debe ser”.

DIMENSIÓN APOSTÓLICA

Los colegios que son obras corporativas del Opus Dei no son sólo una labor profesional de la que tomamos *ocasión* para hacer una gran labor apostólica. El trabajo tiene que estar lleno de sentido apostólico, tiene que tener de por sí una fuerte y profunda dimensión apostólica, no es una simple *ocasión* de hacer apostolado, como si fuera algo ajeno o yuxtapuesto a ese trabajo. San Josemaría siempre insistió en que hacemos «apostolado dentro de nuestra



profesión», pero que no hacemos «profesión de apostolado». No es un instituto con unos capellanes, ni tampoco un simple instrumento para hacer apostolado.

Por eso, entre otras cosas, es tan importante no contraponer lo académico a lo formativo. Se trata de conjugar ambas cosas, y no como cosas yuxtapuestas, o que se toleran mutuamente, sino como cosas que se exigen entre sí. Aparece de nuevo la unidad de vida. Además, también sabemos cómo los diversos aspectos de la formación funcionan como en vasos comunicantes: cuando hay pérdidas en un vaso, los otros empiezan a vaciarse; y cuando crece uno, tira de los demás. Cuando funciona bien la preceptuación y los temas de orientación en una clase, la disciplina y todo lo docente suben sustancialmente. Y al revés. Y si falla la autoridad, o la disciplina, no funciona ni lo docente ni la formación. Y si no hay nivel docente, también acaba fallando todo lo demás. Hay que analizar siempre el conjunto, tanto en las personas como en las clases enteras: ir a las causas de los fracasos.

Lo más material y más externo también forma, y mucho: la puntualidad, la limpieza en la clase, el orden en las perchas o estantes y pupitres, que no haya tizas o papeles en el suelo, no consentir que pinten en lo que está puesto en los corchos, que los chicos cuiden su porte externo, que respeten la uniformidad, que sean educados, que se traten con respeto a todos. Son cosas que suponen mucho más de lo que parece a primera vista. Y que se aprenden en el día a día del aula, en la familia.

También es importante el espíritu de colaboración de padres y profesores con la labor que hace el sacerdote, facilitándole

su tarea, prestigiándole ante los alumnos, recomendando acudir a él. A los que somos creyentes, y estamos convencidos de la importancia de la gracia de Dios, nos ha de parecer una temeridad no contar con la ayuda de esa gracia de Dios en los alumnos: es muy diferente una clase en la que muchos se esfuerzan por vivir en gracia de Dios y conforme a las exigencias de la fe, y una clase en la que no fuera así.

UNA FORMACIÓN CRISTIANA PROFUNDA

Y en la formación cristiana, hemos de poner empeño en no recurrir innecesariamente a argumentos de autoridad. Es preciso esforzarnos en hacer verosímil la verdad, en hacer atractiva la virtud. Hay que afilar los argumentos, saber qué piensa la gente, qué les mueve, qué les interpela, sin quedarse en las pegas por las que pasamos nosotros hace años, porque muchas serán ahora diferentes.

Siguiendo esta línea de conjugar cosas diversas en una unidad de vida, podríamos añadir que la religión no puede ser algo ajeno al resto de las asignaturas. Hay que procurar abordar las cuestiones relacionadas con la fe que surgen en las clases de historia, de literatura, de ciencias naturales, de filosofía... y hasta de matemáticas.

Y hay que dar esas clases –y toda la formación cristiana– con un tono muy positivo. Sería un error que mostráramos sólo “la parte áspera del sendero”. Nos equivocaríamos si nuestro discurso se centrara demasiado en lo que está prohibido y lo que es obligatorio.

Conviene prestar una atención específica a la virtud de la castidad, porque una persona

que vive la castidad tiene mucho ganado, y hoy quizá más que en otras épocas.

También hemos de educar en una profunda preocupación social. Ningún drama humano nos puede resultar ajeno. Y hemos de promover muchas actividades relacionadas con la solidaridad, con las obras de misericordia, y sin olvidarnos de empezar por la propia casa. La preocupación social es muy importante, si queremos que de verdad el espíritu cristiano cale en las personas. San Josemaría escribió que “un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo”. Y además de escribirlo, y de predicarlo incansablemente, a lo largo de su vida impulsó y promovió numerosas

e importantes labores sociales –bastantes de ellas relacionadas precisamente con la educación y la enseñanza– en muchos países del mundo. Sobre este tema, como en todos, hay que hablar y hacer, predicar y dar trigo.

IMPORTANCIA DE LA FE EN LA EDUCACIÓN

Quería concluir haciendo una llamada a la importancia de la fe en la educación. Muchos padres y educadores están preocupados por la educación moral de sus hijos, alumnos, etc., porque ven que bastantes de sus actuales problemas tienen la raíz en una deficiente o insuficiente formación básica en las convicciones morales, criterios de conducta, ideales de vida, valores, etc.





Pero lo que más me llama la atención es que bastantes de esos padres y educadores, aun considerándose buenos creyentes, no cuentan lo suficiente con la fe a la hora de educar, y eso me parece un error de graves consecuencias. Cuando se prescinde voluntariamente de Dios, es fácil que el hombre se desvíe hasta convertirse en la única instancia que decide lo que es bueno o malo, en función de sus propios intereses. ¿Por qué ayudar a una persona que difícilmente me podrá corresponder? ¿Por qué perdonar? ¿Por qué ser fiel a mi marido o mi mujer cuando es tan fácil no serlo? ¿Por qué no aceptar esa pequeña ganancia fácil? ¿Por qué arriesgarse a decir la verdad y no dejar que sea otro quien pague las consecuencias de mi error?

Tengo anotadas –y con esto quiero terminar– unas palabras que Josemaría Escrivá pronunció aquí, en Retamar, el 28 de octubre de 1972, hablando a un buen grupo de padres del colegio sobre cómo educar a sus hijos en la fe. El Fundador del Opus Dei les hablaba de rezar, de dar ejemplo a sus hijos, de transmitir con la propia vida una formación profunda, de educar en un clima de alegría y de libertad. Y concluía: “No les obligues a nada, pero que os vean rezar: es lo que yo he visto hacer a mis padres y se me ha quedado en el corazón. De modo que cuando tus hijos lleguen a mi edad, se acordarán con cariño de su madre y de su padre, que les obligaron sólo con el ejemplo, con la sonrisa, y dándoles la doctrina cuando era conveniente, sin darles la lata”.